ΣΟΦÍΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

PROBLEMAS RELIGIOSOS

(CONCLUSIÓN)

LA ORACIÓN Y LA REDENCIÓN

En la *Theosophical Review* de Febrero de 1898, apareció un artículo mío sobre la oración (véase SOPHIA, tomo VI, pág. 104). Los lectores á quienes interese el asunto pueden verlo, y así trataremos este problema ahora con brevedad.

Hemos visto ya en el primero de estos artículos, que existen «jerarquías graduales de inteligencias vivas... los Dioses». La comunicación con estos Seres es posible por medio de la concentración del pensamiento y de la fuerza de la voluntad. Cuando una persona ora por cosas físicas, por éxitos, por ganancias y otras por el estilo, si tales oraciones son correspondidas, no es esto resultado de la acción inmediata de la Inteligencia Suprema, el Alma del Mundo, que no se mezcla directamente con estas pequeñeces mundanas, sino de un agente intermedio que se ocupa en administrar las actividades inferiores del imperio del mundo, de una inteligencia de grado inferior, sensible á estas vibraciones de pensamientos y sentimientos concretos. En muchas de estas oraciones existe realmente una orden; un hombre da una orden, aunque sea en forma de petición. Su efectividad es comunicada á la oración por la concentración de pensa-

miento necesaria á la misma; cuando la mente actúa con intensidad y con propósito, sus pensamientos son órdenes. La inteligencia inferior que responde al mandato y lo ejecuta — que muchas veces es un elemental sub-humano ó artificial — actúa como un agente de la Voluntad divina expresada en la ley. Si usamos el método debido, la ley acarreará el resultado. Conociendo las leyes del pensamiento, se puede manejar á estos seres, ó ignorándolas, podemos utilizarlas obedeciendo los mandatos de los instructores religiosos acerca de la oración. Un niño que no conoce nada del complicado mecanismo de un aparato determinado, puede, sin embargo, hacerle funcionar y obtener su resultado, dando vueltas á un manubrio y poniendo la máquina en movimiento, obedeciendo la indicación de un maestro obrero. Del mismo modo un hombre, obedeciendo la indicación de un sabio — verdadero maestro obrero — puede poner en marcha la máquina de la oración, y obtener el objeto deseado.

Cuando un hombre se ha hecho fuerte en la aspiración espiritual, y no busca ya la ganancia ni á Dios por el beneficio; cuando todo su deseo es parecerse á Aquello que adora, y su oración es un acto de contemplación y culto, entonces el resultado de la oración es atraer una respuesta de la elevada región espiritual á que aspira el pensamiento del suplicante. Las vibraciones sutiles del reino espiritual, actúan en el alma que se eleva, despertando los elementos divinos correspondientes que existen latentes en él, y éstos, vibrando en contestación, inundan al hombre con una nueva sensación de poder, y le hacen comprender algo de la naturaleza de la Divinidad. Dado que lo Divino está en todas partes, como en Él nos movemos y vivimos, esta llamada á lo divino externo causa una actividad que reacciona en nosotros, despertando lo divino interno, y este «Dios en nosotros» comunica á la mente y al corazón la energía de la naturaleza espiritual, haciéndonos conscientes de nuestro propio poder divino.

Todo esto está expuesto con detalles en el artículo antes mencionado; así es que no creemos necesario más explicaciones sobre este punto.

V. — La Redención

Hay una profunda verdad espiritual en el fondo de las diversas doctrinas de la redención, expuestas de tiempo en tiempo por las Iglesias Cristianas. En todas ellas Jesús el Cristo ha sido la figura central, y la redención le es atribuída.

En los primeros tiempos de la Iglesia Cristiana, la muerte de Jesús era considerada como pago hecho á Satán para rescatar á la humanidad de su poder. La humanidad dependía del demonio á consecuencia de la caída, y el hombre era el «esclavo del demonio». Para redimir este desgraciado esclavo, Dios dió Su propio Hijo, siendo el rescate pagado con su muerte en los tormentos. Habiendo sido pagada de este modo la deuda del hombre, quedó libre del reino de las tinieblas, y se convirtió en el hombre exento de aquel á quien había pagado su deuda.

En fases posteriores del pensamiento cristiano sobre este punto, surgió una doctrina mucho más tenebrosa. El sacrificio del sufrimiento y muerte ofrecido por el Hijo de Dios, encarnado como hombre, se declaró haber sido ofrecido al Dios Padre para apaciguar su cólera y expiar por procuración los pecados de los hombres. El ingenio humano inventó la idea de un pacto verificado en las regiones celestes entre dos Personas de la Deidad para la redención de los hombres caídos, y luego siguieron todas las dolorosas exposiciones de la cólera divina de una parte, y de la agonía divina de otra, contra las cuales se ha rebelado en nuestros días la conciencia de los cristianos de mente más espiritual. Muchos individuos del clero más noble cristiano se han puesto al frente de una escuela cada vez más extensa de pensadores, que repudia con indignación esta forma grosera de la doctrina medioeval como una blasfemia contra Dios, deshonrosa para la justicia, y profundamente errónea en lo que respecta á las relaciones entre el hombre y la Divinidad. Hombres tales como Mr. McLeod Campbell, de la Iglesia Escocesa, F. D. Maurice y F. Robertson, de la Inglesa, exponen una enseñanza más pura y verdadera; ven que la función del Hombre Divino no es crear una nueva relación entre Dios y el hombre, sino poner de manifiesto y vindicar una relación que ya existía. Muchas personas devotas se han disgustado tanto con estos juegos de palabras, en los cuales una Persona divina se presenta airada y la otra propiciadora, una exigiendo y la otra pagando, han sentido tanto la falta de verdad y de espiritualidad en todo ello, que han rechazado indignadas toda la doctrina de la redención, olvidando que aún bajo el velo de errores que repelen, puede existir oculta una verdad que no debemos dejar inadvertida.

Semejante verdad existe en esta doctrina de la redención, y esta verdad es la que ha hecho que la doctrina arraigue en el corazón de los hombres. ¿No es en verdad extraño, cuando pensamos en ello, que una doc-

trina tan estrecha, injusta y errónea, haya, sin embargo, impulsado á una vida noble á algunos de los más puros y más abnegados de los hijos de los hombres? En esta doctrina misma, que nos parece tan repulsiva, muchas almas cristianas amantes y tiernas han encontrado su estímulo más fuerte para el sacrificio propio, su fundamento más firme para una vida santa y de más vasta utilidad. Donde quiera que encontremos tales incongruencias entre la exposición verbal y el efecto que produce en almas elevadas, debemos tener la seguridad de que tales almas han percibido, por penetración espiritual, vislumbres de una verdad que se encuentra velada por una presentación cruda y errónea. ¿Cuál es esta Verdad?

A medida que el alma humana evoluciona, ensancha continuamente los límites de la conciencia individual, abarcando más y más dentro de su esfera de acción. El alma estrecha, no evolucionada, carece de extensa simpatía, lo cual prueba que la evolución espiritual no ha comenzado aún. Al estudiar la evolución humana vemos que la conciencia se ensancha y abarca cada vez más dentro de sus límites; primeramente hállase circunscrita á lo físico, y después se extiende y abarca lo astral, y al ensancharse más abarca lo mental. En el trancurso del tiempo el hombre pasa por la primera gran iniciación, y según la frase cristiana «el Cristo nace en él;» empleando la terminología teosófica, la conciencia principia á funcionar en el plano búddhico, el plano del amor, de la dicha y de la unidad, el plano espiritual inferior. Lentamente se desenvuelve «el Cristo,» la conciencia obra más y más en el mundo espiritual, y se hace habitual una nueva actitud. El hombre se siente que es uno con todo lo que le rodea, uno con todo lo que vive. Ya no se siente separado, sino uno con todas las vidas entre las cuales se mueve. No pierde por eso su propio centro de conciencia, sino que de algún modo extraño y sutil compenetra todas las demás conciencias y las siente como suyas. Se dilata para contener todas las demás y no hace diferencia entre «él mismo» y «ellas.» En este reino espiritual siente como los demás sienten, piensa como ellos piensan, sufre como ellos sufren, goza como ellos gozan; en verdad, no existen «otros,» sino que todos son él mismo. Cada hijo de hombre es una parte de la vida de este hombre; no están fuera de él para inspirarle simpatía; son formas de sí mismo; él vive, peca, teme, espera, lucha en todos ellos. Cuando esta conciencia se ha establecido definitivamente, el Cristo ha llegado á la virilidad, y la consagración del bautismo verdadero lo señala como un Hijo de Dios manifestado. Entonces viene el conocimiento de su lugar en

el mundo, de su función en la naturaleza — ser un Salvador y redimir los pecados de las gentes. Él se encuentra en el corazón íntimo del mundo, el santuario de Buddhi, como Sacerdote Superior de la humanidad. Él es uno con todos sus hermanos, no por sustitución de procuración, sino por la unidad de una vida común. ¿Es alguno pecador? Él es pecador en él para que su pureza lo pueda purgar. ¿Está álguien triste? Con ellos él es el hombre de las tristezas; todo corazón destrozado se destroza en el suyo; cada corazón traspasado es el suyo propio. ¿Está álguien alegre? Con el alegre se siente, y derrama su dicha. ¿Ansía alguien algo? Pues con él siente la necesidad para poderla llenar con su satisfacción completa. Él lo posee todo, y porque es suyo es de ellos. Él es perfecto; así, pues, ellos son perfectos en él. Él es fuerte; ¿quién puede, pues, ser débil toda vez que él está en ellos? Él subió á su elevado sitio á fin de poder derramarse en todo lo inferior á él, y vive á fin de que todos participen de su vida. Él levanta al mundo entero consigo al elevarse; el sendero es más fácil para todos los hombres porque él lo ha hollado.

Cada hijo del hombre puede convertirse en tal Hijo de Dios manifestado, en semejante Salvador del mundo. En cada uno de tales Hijos está «Dios manifestado en la carne», el redentor que ayuda á toda la humanidad, el poder vivo que hace todas las cosas nuevas. Sólo se necesita una cosa para hacer que este poder se manifieste activamente en cualquier alma individual: el alma debe abrir la puerta y dejarle entrar. Aun él, que todo lo compenetra, no puede forzar su camino contra la voluntad de su hermano; la voluntad humana puede mantenerse firme tanto contra Dios como contra el hombre, y por la ley de evolución debe asociarse voluntariamente con la acción divina, en lugar de ser forzada á la sumisión. Que la voluntad abra la puerta, y la vida inundará al alma. Mientras que la puerta esté cerrada, sólo podrá aspirar á través de ella su inexpresable fragancia, á fin de que esta fragancia pueda conquistar allí donde el obstáculo no puede ser arrollado por la fuerza.

Esto es, en parte, ser un Cristo; pero ¿cómo puede una pluma mortal reflejar lo inmortal, ó palabras mortales expresar lo que está fuera del poder del lenguaje? La lengua no puede pronunciar, la mente no iluminada no puede comprender ese misterio del Hijo, que se ha convertido en uno con el Padre, llevando en su seno los hijos de los hombres.

Esta es una parte de la gloriosa verdad que se halla disfrazada en la doctrina de la redención que se ha enseñado durante siglos; este es el

secreto de la influencia que, aun dentro de su forma errónea, ha resultado ser tan gran inspiración para muchos nobles corazones. Hasta cuando el error ciega el entendimiento, el poder vivificante de ese amor sempiterno se deja sentir, y almas sensibles á las influencias espirituales responden á su dulce presión, y también en su pequeña esfera principian á participar de la alegría de dar, de vivir la vida que es amor. Una religión espiritual no tiene recompensa separada que ofrecer, ni castigo separado que imponer. Sólo puede decir: «Mientras que amas y sirves, la Vida Divina tiene en ti un canal de expresión, y cuando llegues al mundo superior alcanzando la conciencia más dilatada, entonces sabrás también lo que todo santo ha ansiado, lo que cada Maestro ha llevado á efecto; sentirás en ti la Vida Divina como tu propia vida, y de este modo entrarás en la dicha de tu Señor.»

Annie BESANT.

CLARIVIDENCIA

(continuación)

Hemos bosquejado ya algunos de los principales cambios que tendrían lugar en el mundo de un hombre al obtener la vista etérea; y debe tenerse siempre presente, que en la mayor parte de los casos esto acarrearía á la vez un cambio correspondiente en sus demás sentidos, de suerte que podría oir y quizá hasta sentir más que la generalidad. Ahora bien; suponiendo que además de esto obtuviese la vista del plano astral, ¿qué otros cambios se observarían?

Estos cambios serían muchos y grandes; en una palabra, todo un mundo nuevo se abriría ante sus ojos. Consideremos brevemente sus maravillas en el mismo orden que antes, y veamos primeramente qué diferencia habría en la apariencia de los objetos inanimados. En este punto principiaré por citar una hábil contestación que se dió en *The Vähan*.

«Hay una marcada diferencia entre la vista etérea y la astral, siendo esta última la que parece corresponder á la cuarta dimensión.

»La manera más fácil de comprender esta diferencia, es presentar un ejemplo. Si se mira un hombre con las dos vistas, empleando una después de otra, veréis en ambos casos los botones de atrás de su traje; solo que

con la vista etérea se verían *á través* de él, percibiéndose como más próximo á uno el frente anterior; pero si se mira astralmente, se verá, no sólo de este modo, sino también como si uno se hallara detrás del hombre á la vez que delante.»

O bien si se mira etéreamente un cubo de madera con escritos en todos sus lados, sería lo mismo que si el cubo fuera de cristal; de modo que se vería á través de él y se distinguirían las letras en el lado opuesto, todas por detrás, al paso que las de la derecha é izquierda no serían claras, á menos de cambiar de sitio, porque se verían de perfil. Pero mirando astralmente se verían todos los lados á la vez, y todo derecho, como si el cubo hubiese sido aplanado ante uno, viéndose también cada partícula del interior, pero no á través de las demás, sino como si estuviesen en el mismo plano; se las miraría desde una nueva dirección, en ángulo recto, con todas las direcciones que conocemos.

Si se mira etéreamente un reló por detrás, se verán al través todas las ruedas, y las caras respectivas de éstas *al través de las mismas*, pero por detrás; pero mirando astralmente, se verán las caras directamente y todas las ruedas separadamente, pero nada en los extremos de nada.

Aquí tenemos desde luego la clave, el factor principal del cambio; el hombre mira todas las cosas desde un punto de vista absolutamente nuevo, completamente fuera de todo lo que hasta entonces hubiera imaginado. No tendrá la más ligera dificultad de leer cualquier página de un libro cerrado, porque no la ve al través de las otras páginas sobrepuestas, sino que la mira directamente como si fuera la única página que hubiese que ver. La profundidad á que se hallase una vena de metal ó de carbón, no constituiría una barrera á su vista, porque entonces no miraría á través de la profundidad intermedia de la tierra. El espesor de un muro ó el número de muros que hubiesen entre el observador y el objeto, constituiría una notable diferencia para la claridad de la vista etérea, pero tal diferencia no existiría para la vista astral, porque en el plano astral los muros no intervendrían entre el observador y el objeto. Naturalmente, esto suena paradógico é imposible, y es por completo inexplicable para la mente que no está especialmente educada para comprender la idea; sin embargo, no es por esto menos absolutamente cierto.

Esto nos lleva derechamente en medio de la enfadosa cuestión de la cuarta dimensión, asunto del mayor interés, aunque no pretendemos discutirlo en el espacio de que disponemos. Los que deseen estudiarlo como

merece, se les recomienda principiar con *Scientific Romances*, de M. C. H. Hinton, ó *Another World*, del Dr. A. T. Schofield, y seguir luego con la obra más extensa del primero, *A New Era of Thought*. M. Hinton no sólo pretende poder él mismo asir mentalmente algunas de las formas más sencillas de cuatro dimensiones, sino que también declara que cualquiera que se tome el trabajo de seguir sus instrucciones, puede también, con perseverancia, adquirir igualmente esta comprensión mental. No estoy seguro de que esta posibilidad se halle al alcance de todos, según él cree, porque me parece que se requiere considerable habilidad matemática; pero sí puedo, en todo caso, afirmar que me consta que el tesseract ó cubo de cuatro dimensiones que describe, es una realidad por ser una figura muy familiar en el plano astral.

Sé que Mad. Blavatsky, aludiendo á la teoría de la cuarta dimensión, ha expresado el parecer de que sólo era una manera tosca de expresar la idea de la completa permeabilidad de la materia, y que Mr. W. T. Stead ha seguido el mismo método, presentando á sus lectores el concepto bajo el nmbre de *throughth*. Sin embargo, una investigación cuidadosa, detallada y muy repetida, parece demostrar de modo concluyente, que esta explicación no abarca todos los hechos. Es una descripción perfecta de la visión etérea; pero la otra idea por completo diferente de la cuarta dimensión, según la expone Mr. Hinton, es la única que presenta alguna explicación aquí abajo de los hechos constantemente observados de la visión astral. Por esta razón me aventuro á indicar deferentemente, que cuando Mad. Blavatsky escribió lo que antecede, se refería á la visión etérea y no á la astral, y que la gran propiedad de la frase aplicada á esta otra y superior facultad, en la cual no pensaba en aquel momento, no le ocurrió.

La posesión, pues, de este poder extraordinario y apenas expresable, debe siempre tenerse presente en todo lo que sigue. Expone cada punto del interior de todo cuerpo sólido absolutamente manifiesto á la mirada del vidente, del mismo modo que cada punto del interior de un círculo se halla manifiesto á la vista de la persona que lo mire.

Pero aun esto no es, en modo alguno, todo lo que esta facultad concede á su poseedor: pues no sólo ve el interior lo mismo que el exterior de los objetos, sino también sus dobles astrales. Cada átomo y molécula del plano físico, tiene su correspondiente átomo y molécula astral, y la masa que constituyen es claramente visible al clarividente. Generalmente, el

astral de cualquier objeto se proyecta algún tanto fuera de la parte física, y así los metales, las piedras y demás, están rodeados por un aura astral.

Se verá desde luego por esto, que aun para el estudio de la materia inorgánica, la adquisición de esta visión concede ventajas inmensas. No solamente se ve la parte astral del objeto que se mira, la cual se hallaba antes absolutamente oculta; no sólo se percibe muchísimo más que antes, acerca de su constitución física, sino que hasta lo que antes era visible, se ve entonces mucho más clara y fielmente. Un momento de consideración demostrará que esta nueva visión se aproxima mucho más á la verdadera percepción que la vista física. Por ejemplo: si se mira astralmente un cubo de cristal, sus lados se verán iguales, como sabemos que realmente son, al paso que en el físico se ve el lado más lejano en perspectiva, esto es, parece más pequeño que el lado más próximo, lo cual es, por supuesto, una mera ilusión debida á las limitaciones físicas.

Cuando consideramos las demás facilidades que ofrece en la observación de los objetos animados, vemos aún más claramente las ventajas de la visión astral. Ella exhibe al clarividente el aura de las plantas y de los animales, y por tanto, en lo que se refiere á estos últimos, sus deseos y emociones, y cualquier pensamiento que tengan, se presenta claro á sus ojos.

Pero tratándose de seres humanos es cuando podrá apreciar mejor el valor de esta facultad, pues muchas veces podrá ayudarles mucho más eficazmente, guiándose por lo que por su medio aprende.

Podrá ver su aura hasta el cuerpo astral, y aunque las partes superiores de la misma sigan ocultas para él, sin embargo, le será posible, por medio de atenta observación, llegar á conocer mucho acerca de la parte superior por el estudio de la que está á su alcance. Su facultad de poder examinar el doble etéreo, le concede ventajas considerables para poder localizar y clasificar cualquier defecto ó enfermedad del sistema nervioso, al paso que por la apariencia del cuerpo astral conocerá en seguida todas las emociones, pasiones, deseos y tendencias del hombre que tenga delante y aun de muchos que tenga en pensamiento,

Al mirar una persona, la verá rodeada por la niebla luminosa del aura astral, brillando con toda suerte de colores, y cambiando constantemente de matices y de brillo á cada variación de los pensamientos y sentimientos de la persona. Verá esta aura inundada del hermoso color rosado de los afectos puros, el rico azul del sentimiento de devoción, el pardo obscuro del egoísmo, el escarlata profundo de la cólera, el horrible rojo cárdeno

de la sensualidad, el gris lívido del temor, las nubes negras del odio y de la maldad, ó cualquiera de las innumerables indicaciones tan fáciles de leer en ella por el ojo práctico; y así le sería imposible á cualquier persona el ocultarle el verdadero estado de sus sentimientos sobre cualquier asunto.

Estas diversas indicaciones del aura constituyen en sí un estudio del más profundo interés, pero no dispongo aquí del espacio suficiente para ocuparme de ellas. En mi folleto El Aura, se puede ver un relato algo más completo, y hay en proyecto una obra más extensa sobre el asunto.

No solamente demuestra el aura astral el resultado temporal de las emociones que pasan por ella en aquel momento, sino que también presenta, por la coordinación y proporción de sus colores, cuando se halla en estado de reposo relativo, la clave de la disposición general y carácter del individuo; pues el cuerpo astral es la expresión de cuanto el hombre manifiesta en ese plano, de modo que por lo que se ve en él, puede inferirse mucho más, perteneciente á planos superiores, con bastante certeza.

En este juicio del carácter, el clarividente es muy ayudado por todos los pensamientos de la persona que se manifiestan en el plano astral, y que, por consiguiente, caen bajo su percepción. La verdadera morada del pensamiento es el plano mental ó devachánico, y todo pensamiento se manifiesta, en primer término, allí como una vibración del cuerpo mental. Pero si de algún modo es un pensamiento egoísta ó está relacionado de alguna manera con emociones ó deseos, desciende inmediatamente al plano astral, y se reviste de una forma visible de materia astral.

En la mayor parte de los hombres casi todos los pensamientos pertenecen á una de estas clases, de suerte que prácticamente toda su personalidad se presentará con claridad á la vista del vidente astral, puesto que sus cuerpos astrales y las formas de pensamientos que de los mismos radian constantemente, serían para él como un libro abierto, en el que estarían escritas sus cualidades características con tanto relieve, que hasta corriendo podrían leerse. Cualquiera que desee tener una idea del *cómo* se presentan las formas de pensamiento á la visión del clarividente, puede, hasta cierto punto, satisfacerse examinando las ilustraciones que acompañan al valioso artículo que sobre el asunto publicó Mrs. Besant en el *Lucifer* de Septiembre de 1896 (1).

---

(1) Véase *Formas de Pensamiento* y *Química Oculta*, por A. Besant, de venta en la Administración de esta Revista. *(N. del T.)*

Hemos visto algo de la alteración en la apariencia de los objetos, tanto animados como inanimados, cuando se les contempla con la visión astral completa, en lo que á este plano se refiere; consideremos ahora qué objetos absolutamente nuevos se ven. El clarividente estará consciente de un lleno mucho mayor en la naturaleza en todas direcciones, pero lo que principalmente llamará su atención, son los habitantes de este nuevo mundo. No podemos intentar, en el espacio de que disponemos, un relato detallado de ellos; para esto puede el lector dirigirse al núm. V de los *Theosophical Manuals* (1). Aquí no podemos hacer más que enumerar sólo unas pocas clases de las vastas huestes de los habitantes astrales.

Le impresionarán las formas próteas de la incesante marea de esencia elemental, siempre girando á su alrededor, á menudo amenazadoras, pero, sin embargo, retirándose siempre ante un esfuerzo determinado de la voluntad; se quedará maravillado ante el enorme ejército de entidades, traídas temporalmente á la existencia por los pensamientos y deseos, ya buenos ó malos, de los hombres. Observará las múltiples tribus de espíritus de la naturaleza, ya trabajando, ya jugando; algunas veces podrá estudiar con placer siempre creciente la magnífica evolución de algunos de los órdenes inferiores del glorioso reino de los Devas, que corresponden aproximadamente á la hueste angélica de la terminología cristiana.

Pero quizá será para él de interés aún más palpitante que todo esto, los habitantes humanos del mundo astral, y los cuales encontrará que se dividen en dos grandes clases: los que llamamos vivientes, y aquellos otros, en su mayor parte infinitamente más vivos, á quienes tan neciamente damos el nombre erróneo de muertos. Entre los primeros, verá aquí y allí alguno por completo despierto y consciente, enviado, quizá, á llevarle algún mensaje, ó bien examinándole atentamente para ver qué progresos está haciendo; al paso que la mayor parte de sus vecinos, cuando están fuera del cuerpo físico durante el sueño, flotan vagamente, tan envueltos en sus propios pensamientos, que prácticamente están inconscientes de todo lo que pasa á su alrededor.

Entre la gran hueste de los muertos reciéntemente, verá todos los grados de conciencia é inteligencia, todos los matices de carácter, pues la muerte, que á nuestra visión limitada parece un cambio tan grande, en

(1) Véase *Plano Astral y Devachán*, por C. W. Leadbeater, de venta en la Redacción de esta Revista.

realidad no altera nada del hombre en sí. Al día siguiente de su muerte es exactamente el mismo hombre que el día antes de ella, con la misma disposición, las mismas cualidades, las mismas virtudes y vicios, con solo la diferencia de que no posee un cuerpo físico; pero la pérdida de éste no hace de él, en modo alguno, un hombre distinto porque es como si se hubiera quitado el gabán. Así, pues, entre los muertos, nuestro estudiante verá hombres inteligentes y estúpidos, de corazón bondadoso ó de genio áspero, serios y frívolos, de mente espiritual y de mente sensual, exactamente lo mismo que entre los vivos.

Puesto que no sólo puede ver los muertos sino también hablarlos, puede muchas veces serles muy útil, informándoles y guiándoles, lo cual es para ellos de capital importancia. Muchos de ellos se encuentran en un estado de profunda sorpresa y perplejidad, y algunas veces presa de gran desesperación, porque encuentran los hechos del otro mundo tan diferentes de las leyendas infantiles, que es todo lo que la religión popular en Occidente tiene que ofrecerles; y por tanto, el hombre que comprende estos hechos y puede explicárselos, es indudablemente un amigo necesario.

De muchas otras maneras puede el hombre que posee por completo esta facultad ser útil á los vivos así como á los muertos; pero sobre este aspecto de la cuestión ya tengo escrito en mis artículos «Los Protectores Invisibles.» Además de las entidades astrales verá cadáveres astrales — sombras y cascarones en todos los estados de decadencia — pero esto basta con mencionarlo, porque el lector que desee un relato más detallado puede encontrarlo en el Manual antes citado.

C. W. LEADBEATER

(Se continuará.)

Incidentes de la vida del Conde de Saint Germain.

(CONCLUSIÓN)

Ante este nombre que yo había adivinado ya, un grito de sorpresa se me escapó; él vivía aún; él, de quien se había dicho que había muerto en 1784 y de quien no había oído hablar hacía largos años; él había vuelto á aparecer repentinamente y ¡en qué momento, en qué épo-

ca! ¿Por qué había venido á Francia? ¿No terminaría nunca su vida? Pues yo conocía á ancianos que le habían visto con la apariencia de cuarenta á cincuenta años de edad, y ésto al principio del siglo XVIII!

La una de la madrugada sería cuando yo leía esta carta; la hora de la cita era temprano; así, me acosté. Dormí poco: sueños terribles me atormentaron, y en su horripilante ridiculez contemplé el porvenir, sin embargo, sin comprenderlo. Al amanecer me levanté rendida. Había ordenado que me trajeran café muy fuerte, del que tomé dos tazas que me hicieron revivir. A las siete y media pedí una silla de manos, y seguida de mi viejo sirviente de confianza, me dirigí á Recoletos.

La iglesia estaba vacía; coloqué á mi fiel Laroche de centinela, y entré en la capilla nombrada; poco después, y aun antes de que hubiese recogido mi pensamiento en la presencia de Dios, ví que un hombre se adelantaba hacia mí... Era él mismo en persona... Sí, con el mismo semblante que en 1760, al paso que el mío estaba lleno de arrugas y señales de decrepitud... Esto me impresionó profundamente; él me sonrió, dió un paso adelante, y me tomó la mano que besó con galantería. Yo me sentía tan turbada que le permití hacerlo á pesar de la santidad del lugar.

—¡Heos aquí! —dije; —¿de dónde venís?

—Vengo de China y del Japón.

—¡O más bien del otro mundo!

—¡Sí, verdaderamente, casi es así! ¡Ah, Señora! *allá abajo* (subrayo la frase) nada tan extraño como lo que pasa aquí. ¡Cómo se desvanece esta monarquía de Luis XIV! Vos que no la habéis visto, no podéis hacer la comparación, pero yo...

—¡Ahora sí que os he cogido, hombre de ayer!

—¿Quién ignora la historia de este gran reino? ¡Y el Cardenal Richelieu, si volviera á nacer, se volvería loco! ¡No existen leyes! ¿Qué os dije yo así como á la Reina? Que M. de Maurepas lo perdería todo, porque todo lo había comprometido. Yo fuí Casandra ó un profeta de males, y ahora ¿cómo, en qué situación os halláis?

—¡Ah, Conde! vuestra sabiduría será inútil.

—Señora, el que siembra vientos recoge tempestades. Jesús lo dijo en el Evangelio, quizá no delante de mí, pero en todo caso sus palabras permanecen escritas, y las mías pudieron haber sido aprovechadas.

—¡Otra vez! —exclamé tratando de sonreir, pero él, sin contestar á mi exclamación, dijo:

— Yo os lo escribí: *no puedo hacer nada, mis manos están atadas por algo más fuerte que yo*. Hay momentos en que la retirada es imposible; otros en que *Él* ha hablado y el decreto tiene que ejecutarse. *En esto estamos entrando.*

— ¿Veréis á la Reina?

— No; está condenada.

— ¡Condenada! ¿Á qué?

— ¡Á muerte!

¡Oh! esta vez no pude reprimir un grito, me levanté de mi asiento, mis manos rechazaron al Conde, y con voz temblorosa dije:

— ¡Y vos también! ¡Vos! ¡Cómo, vos también!

— Sí, yo, yo, como Cazotte.

— Vos, sabéis...

— Lo que ni aun siquiera sospecháis. Volved á palacio, id y decid á la Reina que tenga cuidado, que este día le será fatal; existe un complot, se premedita el asesinato.

— Me llenáis de horror, pero el Conde d'Estaing ha prometido...

— Tendrá miedo, y se ocultará.

— Pero M. de Lafayette...

— ¡Un globo hinchado de viento! Aun en este momento están determinando lo que van á hacer con él, si será instrumento ó víctima; esta tarde estará decidido.

— Caballero — dije — vos podríais prestar grandes servicios á nuestros Reyes si quisierais.

— ¿Y si no puedo?

— ¿Cómo?

— Sí; si no puedo. No sería escuchado. La hora de reposo ha pasado, y los decretos de la Providencia tienen que cumplirse.

— En pocas palabras, ¿qué es lo que quieren?

— La ruina completa de los Borbones; los expulsarán de todos los tronos que ocupan, y en menos de un siglo volverán al rango de simples individuos particulares en sus diferentes ramas.

— ¿Y la Francia?

— ¡Reino, República, Imperio, Gobiernos mezclados, atormentada, agitada, desgarrada; de tiranos hábiles pasará á otros que son ambiciosos sin mérito! Será dividida, hecha trozos, rota; y todo esto no es pleonasmos que uso; los tiempos futuros traerán la caída del Imperio; el orgullo

barrerá ó abolirá las distinciones, no por virtud, sino por vanidad, y por medio de la vanidad volverán á ellas. Los franceses, como niños que juegan con lazos y hondas, jugarán con los títulos, honores y condecoraciones; todo será para ellos un juguete, hasta los correajes de la Guardía nacional; la codicia insaciable devorará la hacienda pública. Actualmente el déficit es de unos cincuenta millones, y en su nombre se hace la revolución; pues bien, bajo la dictadura de los filántropos, de los retóricos, de los oradores, la deuda del Estado excederá de algunos miles de millones!

— ¡Sois un profeta terrible! ¿Cuándo os volveré á ver?

— ¡Cinco veces más; no deseeis la sexta!

Confieso que una conversación tan lúgubre, tan solemne, tan aterradora, me inspiraba pocos deseos de continuarla. M. de St. Germain me oprimia el corazón como una pesadilla; es extraño cuanto cambiamos con la edad, como miramos con indiferencia y hasta con disgusto á aquellos cuya presencia nos encantaba antes. Yo me encontraba en estas condiciones en las presentes circunstancias; por otra parte, el peligro inmediato de la Reina me preocupaba. No insistí lo bastante con el Conde de Saint Germain; quizá, si se lo hubiera suplicado, hubiera venido á ella. Hubo una pausa y luego reanudamos la conversación:

— No os detengáis más tiempo — dijo; — ya hay disturbios en la ciudad. Soy como Atalía, *he deseado ver y he visto*. Ahora volveré á asumir mi parte y os dejo. Tengo que hacer un viaje á Suecia; un gran crimen se intenta allí, y voy á impedirlo. Su Majestad Gustavo III me interesa, vale más que su fama.

— ¿Y está amenazado?

— Sí; ya no se dirá más «feliz como un Rey,» y menos como una Reina.

— Adiós, pues, caballero; á la verdad, desearía no haberos escuchado.

— ¡Así nos sucede siempre á nosotros los veraces; los engañadores son bien venidos, pero mal haya quien quiera que diga lo que va á suceder! ¡Adiós, señora, *hasta la vista!*

Marchó; yo permanecí absorbida en profunda meditación, sin saber si debía ó no informar á la Reina de esta visita; decidí esperar hasta el fin de la semana, y guardar silencio si se acumulaban las desgracias. Me levanté, por fin, y cuando ví á Laroche le pregunté si había visto al Conde de St. Germain cuando salió.

— ¿El Ministro, Señora?

— No, ese hace tiempo que ha muerto; el otro.

— ¡Ah! el hábil encantador. No, Señora. ¿Le ha visto la Sra. Condesa?
— Acaba de salir en este instante, y pasó por vuestro lado.
— Sin duda he debido estar distraído, porque no le ví.
— Eso es imposible, Laroche, eso es una broma.
— Mientras peores son los tiempos, más respetuoso soy para la Señora.
— ¡Cómo! ¿No ha pasado por esta puerta por vuestro lado?
— No es que trate de negarlo, sólo digo que no le he visto.
— Entonces, se hizo invisible; ¡me admira profundamente!

Estas son las últimas palabras que la Condesa d'Adhèmar escribe con relación al Conde de St. Germain, ó el amigo que tan en vano intentó salvarlos de la tempestad que por todas partes se desencadenaba. Una nota importante que ya se ha mencionado, puede, sin embargo, citarse con propiedad en este punto, debida evidentemente á la pluma del biógrafo, y es la siguiente:

«Nota escrita de mano de la Condesa, unida con un alfiler al manuscrito original, y fechada en 12 de Mayo de 1821. Ella murió en 1822. 'Volví á ver á M. de St. Germain, y siempre con gran sorpresa mía, cuando el asesinato de la Reina, á la venida del 18 Brumario, al día siguiente de la muerte del Duque d'Enghien, en el mes de Enero de 1813, y en la víspera del asesinato del Duque de Berri. Espero la sexta visita cuando Dios quiera.'»

De este modo contradice una voz de entre los muertos las diatribas maliciosas contra este maestro, así como también niega los asertos infundados acerca de su muerte en 1784, que hizo el Dr. Biester, de Berlin. Quizá los pasajes más interesantes son aquellos que se refieren á las predicciones del Conde de St. Germain, respecto del porvenir de Francia. Hace ya ciento diez años que tales palabras fueron dichas, y podemos ver que han resultado perfectamente exactas en todos sus detalles. Los Borbones no son ya más que una familia particular. La honra de Francia ha sido arruinada por aquellos que se habían apropiado posiciones de honor y de confianza, en las cuales su carácter moral no podía soportar la prueba. El escándalo del Panamá y el presente caso de Dreyfus, pueden citarse como ejemplos que ilustran, con demasiada claridad, la verdad de la triste predicción hecha por el místico mensajero del siglo pasado. Pudo haber citado con propiedad las palabras del precursor legendario: «Yo soy la voz que clama en el desierto.» Pero, desgraciadamente para Fran-

cia, ni las profecías ni los avisos le sirven de nada; lenta y tristemente ha dado vueltas la rueda de su vida, probando la veracidad y exactitud de aquel profeta que fué enviado á prevenirla de su destino.

ISABEL COOPER-OAKLEY.

¿CÓMO SE CUMPLE EL DEBER?

Todo el Universo manifestado es impulsado en su manifestación por la Ley: esta ley es movimiento. La ilusión de la vida en el plano físico se nos presenta como una realidad, todo ello movido en vertiginoso torbellino por esta Ley, sin la cual la evolución de los mundos y de los seres no tendría efecto. Esta misma Ley es la energía de la Naturaleza puesta en acción.

El ser humano es un producto de la Naturaleza, y lleva en sí todos los atributos de la misma, así como también sus cualidades; de este modo resulta que la acción es una cualidad inherente al mismo, por la que se encuentra impulsado á ejecutar actos constantemente, siendo éste el medio más directo que conoce para adquirir experiencia y conocimientos, que desde su estado primitivo de manifestación le convierten en un ser perfeccionado.

Ejecutando la acción, es cuando el hombre debe cumplir con su deber por medio de las obras que las mismas circunstancias especiales le imponen. Dice el *Bhagavad-Gitâ:*

«El hombre no se sustrae á la acción simplemente por dejar de cumplir las obras, ni puede alcanzar tampoco su fin supremo por el mero abandono de las mismas.»

Esto equivale á decir qne para el hombre es una ley ineludible el cumplimiento del deber, pues no le es dado sustraerse á la acción que es inherente á la vida. Aceptado este punto importante, debemos pasar á contestar á la pregunta lema de este trabajo.

¿Cómo se cumple el deber? Difícil tarea es, en verdad, el tratar de una cosa tan compleja como es el cumplimiento del deber; pues éste presenta tantos aspectos como hombres pueblan el globo; para cada uno el cumplimiento del deber presenta un nuevo aspecto. Nadie puede contestar en

absoluto á esta pregunta, y sin embargo, todos tenemos dentro de nosotros el gran regulador del cumplimiento del deber, la Conciencia ó Manas Superior. Todos podemos ejecutar nuestro deber en proporción á la mayor ó menor intensidad con que percibamos la voz de la conciencia. Nadie más que esa voz interna es capaz de decirnos si cumplimos nuestro deber cuando ejecutamos alguna acción; ella nos guía cuando buscamos sin egoísmo la solución á los conflictos de la vida en nuestros pensamientos, en nuestros juicios, etc. Así, pues, el deber se cumple escuchando en nuestro interior, y siguiendo en todos los casos lo que nos dicte la conciencia. Debemos, antes que todo, abstenernos de juzgar los actos de los demás, sean éstos buenos ó malos á nuestro modo de ver. Entiéndase que decimos no *juzgarlos*, pero sí estudiarlos y analizarlos sin pasión, de un modo imparcial é impersonal; debemos meditarlos y procurar sacar todo el partido posible de los mismos, como de una experiencia propia. De este modo nos instruiremos acerca de lo que proceda hacer el día que kármicamente nos toque á nosotros pasar por casos semejantes á los que hayamos estudiado; no de otro modo se aprenden muchas lecciones que, de aprovecharlas, nos servirían de mucho para aliviar nuestro pesado Karma individual. Puede un hombre, según nuestro modo de apreciar, lleno de convencionalismos y de opiniones erróneas, haber obrado mal, y sin embargo, ante su conciencia y ante la Ley puede muy bien ser que este hombre haya cumplido con su más estricto deber. Puede también darse el caso contrario de que un hombre aparentemente cumpla con su deber, y haya dejado en realidad de cumplirlo ante la Ley y su conciencia.

El cumplimiento del deber presenta, como hemos dicho, muchas dificultades para que pueda hablarse del mismo de un modo determinado. Un hombre de limitados alcances, obrará para cumplir con su deber de un modo muy distinto al del sabio ó al del asceta, y sin embargo, los dos cumplirán con su deber.

A aquel que desee sinceramente buscar la solución para contestar á tan difícil cuestión, podemos decirle que el cumplimiento del deber no radica en los hechos materiales ni en el modo de llevarlos á cabo, sino en la *intención* ó motivos que los guían. Dice *El Bhagavad-Gitâ*:

«Por consiguiente, desempeña siempre aquellos actos que deben desempeñarse, pero de una manera completamente desinteresada, porque el hombre que muestra una perfecta abnegación en todos sus actos, alcanza el fin supremo.»

El abundante é inextinguible manantial, del cual manan todas las enseñanzas para el cumplimiento del deber, es el estudio y la meditación, acompañados de una fe inquebrantable en la Ley del Karma, tan justa, tan grande, y al mismo tiempo tan misericordiosa. El que tenga fe en esta Ley, única manifestación de Dios, y procure aprovechar sus enseñanzas, jamás faltará al cumplimiento del deber; y si alguna vez, envuelto en el torbellino de la evolución, impulsado por la acumulación de su Karma individual cayere, que se levante de nuevo y que busque con fe en su corazón, donde siempre encontrará el recto sendero grabado por esta Ley. Entonces, con mayor fuerza, podrá levantar la cabeza y seguir adelante, porque una caída no representa retroceso alguno. si es seguida de un nuevo esfuerzo, antes al contrario, el hombre sincero se levanta con una experiencia más, que le sirve de escudo para luchar con los enemigos del reino de Mâyâ. Dice *La Voz del Silencio:*

«Ten presente, tú que por la libertad del hombre te bates, que cada fracaso es victoria, que cada tentativa sincera obtiene con el tiempo su premio. Los tallos de los gérmenes santos, que brotan é invisibles crecen en el alma del discípulo, aumentan en fuerza á cada una de las pruebas, se doblan á manera de mimbres, pero jamás se rompen ni pueden nunca perderse. Pero en cuanto llega la hora florecen. . . . .

. . . . »

Cuanto más procure un hombre adelantar, con mayores dificultades tropezará para cumplir con su deber, puesto que ensancha los límites de su esfera de acción, y lo que para él antes era deber para con la familia, el amigo, la nación, etc., ahora se convierte en deber hacia la humanidad entera. De este deber nosotros no tenemos más que una ligera idea: la meta del mismo, incomprensible aún á nuestras limitadas y egoistas mentes, es alcanzada por los Maestros de Compasión, aquellos á quienes en el momento que llegan á convertirse en Bodhisattvas se les dice: «¡Ah! en cuanto te hayas convertido tú, á manera de la nieve pura en los valles de la montañas, fría y desagradable al tacto, cálida y protectora para la semilla que duerme profundamente bajo su seno; ésta es aquella nieve que debe recibir ahora el cierzo punzante, las brisas del Norte, protegiendo así de sus dientes agudos y crueles á la tierra que guarda la cosecha prometida, la cosecha que alimentará al hambriento.»

Condenado por ti mismo á vivir á través de Kalpas futuros, sin que puedan los hombres ni darte las gracias ni percibirte; incrustado á ma-

nera de una piedra en otras piedras innumerables que forman el «Muro protector», tal es tu futuro si pasas tú por la puerta séptima. Construído por las manos de muchos Maestros de Compasión, alzado con sus tormentos, con su sangre cimentado, á la humanidad protege desde que el hombre es hombre, salvándola de miserias en mayor número y mucho mayores.» (1)

ÉSTOS son los que han realizado hasta el fin el cumplimiento del deber, aun más allá de lo que somos capaces de concebir.

Barcelona 21 Febrero 1899. KUNTI

NOTAS SOBRE OBRAS CURIOSAS DE FILOSOFÍA Y OCULTISMO

LA FILOSOFÍA NATURAL, *deducida de diferentes conversaciones con una sonámbula magnética en 1787 y 1788.* Constantinopla, 1789 (2).

No porque revele algo transcendental ha sido incluída la obra de hoy en esta sección. Sólo á título de verdadera curiosidad bibliográfica, y porque á la vez nos suministra un dato más sobre la historia y propagación del magnetismo occidental, dedicamos á ella estas líneas.

Demuestra la existencia de esta obra, entre otras cosas, la rapidísima propagación de las teorías de Mesmer, toda vez que unos cuantos años después de sus primeras explicaciones en París, cuando todavía las Academias el obstáculo eterno, rechazaban el *descubrimiento* del sabio alemán, sus prácticas habían encontrado ardientes partidarios en el resto de Europa.

Las experiencias magnéticas de que hoy tratamos, se verificaban en Constantinopla en 1787, es decir, tres años más tarde de que la Comisión científica que había de *juzgar* al magnetismo, emitiera su despreciativo informe (1784), por boca de Bailly, en aquella célebre Junta de la que formaron parte Lavoisier y Franklin.

El lector verá que en la portada de *La filosofía natural* no aparece nombre alguno de autor. Hay, sí, una nota antigua manuscrita que parece decir: *Onvrage de M. de Heidemtam.* La circunstancia de aparecer pu-

(1) *Voz del Silencio*, págs. 99 y 100.

(2) He aquí el título conforme se halla en la obra: *La philosophie naturelle* | tirée | des différentes conversations | avec une somnambule magnetique | En 1787 & 1788 | A Constantinople | 1789.

blicada en Constantinopla, dificulta más la indagación (1). Puede asegurarse que el autor de ella no era francés, porque hablando de su estilo dice: «He procurado expresarme con tanta precisión como me ha sido posible; no se puede tener la pretensión de escribir bien en una lengua extraña.» Francesa, pues, no era la suya. Mas bien pudiera sospecharse que el incógnito magnetizador era del Norte de Europa, sueco tal vez, si nos fijamos en dos detalles algo significativos que él indica.

El primero es el de colocar un verso sueco (en este idioma) de Kellgren al frente de sus investigaciones, á modo de lema. Kellgren, (el poeta de tan gran imaginación de Suecia), fué coetáneo del autor anónimo. Su fama tal vez no habría traspasado en aquella época los límites de su país, y sólo los de éste le conocerían. El otro dato es la amistad y las relaciones intelectuales del autor con el sueco Swedenborg según se deduce de este párrafo: «se ha discutido sobre los progresos del sistema de M. Swedenborg (que hablaba con los espíritus) en Suecia... yo le he preguntado sobre su modo de ver respecto del sonambulismo espiritual, y él me ha respondido: «No concibo cómo un hombre puede llegar á conocer la manera de pensar de un ser que no existe más que para nosotros. Es preciso para esto que el alma conserve en otro orden de cosas las ideas que ella tenía en el orden actual. Porque, perdiéndolas, toda vez que no le son necesarias, ¿cómo se *acordará* ella de lo que le suceda aquí en este mundo? Y además, ¿por qué medio lo comunicaría ella?»

Volviendo á nuestro autor. Si fué en Constantinopla donde realizó sus estudios con la sonámbula A*** (joven *levantina*), no necesitó moverse de aquel país para que llegaran á él las ideas de Mesmer. Véase, sobre esto, lo que él mismo dice hablando de las concausas que á veces se reunen para que se realice un hecho. «Es preciso que el magnetismo haya sido descubierto ó *reencontrado* por M. Mesmer, que M. L*** haya venido á este país para darme la primera idea, y que yo mismo haya venido á S... el año precedente, etc.»

* * *

Veamos ahora qué motivos condujeron al autor á utilizar como medio de investigación el magnetismo y sonambulismo. Entre éstos motivos está, en primer lugar, la idea que él se había formado de lo que era el sueño magnético.

(1) El papel en que está impresa la obra, da al través la siguiente marca: M.T IOANNOT DANNONAY & FILS, 1784.

«El sueño magnético — dice — es un estado muy superior al del hombre actual, víctima del prejuicio... El sentimiento está más desarrollado, y las percepciones son mucho más sutiles. Nada externo distrae la atención. Es un crisol donde todo se depura. Perece, en tal estado, todo prejuicio, todo idea falsa. Las cosas se presentan tal como ellas son. No se ve sino la naturaleza y la verdad. El hombre entra en el estado de la razón y de la pureza primitivas. La perfección del estado magnético influye sobre la claridad, la precisión y la extensión de las ideas del sonámbulo, si se tiene el cuidado de fijarlas sucesivamente por el magnetizador en el sueño.»

El sonámbulo para el autor de *La filosofía natural*, además de ver las cosas como ellas son, y no como ellas parecen, está dotado de otra propiedad más envidiable aún, que es la de no necesitar del lenguaje para la comprensión de las cosas, toda vez que más bien *las siente* que las percibe como el hombre *normal* por los imperfectos y físicos sentidos... En el hombre normal — y aquí dice una gran verdad nuestro autor — una de las causas mayores de confusión y de error, es el lenguaje, procedimiento defectuoso de la comunicación *verdaderamente intelectual*, toda vez que no es sino un conjunto de signos que exteriorizamos para representar nuestras ideas, pero de una manera tan absurda, que de estos signos los que más abundan son los que nada significan, faltándonos en cambio los que representarían tantos y tantos estados y movimientos *indescriptibles* del alma.

«Entre otras causas que contribuyen á perpetuar y multiplicar los errores, hay una en la cual no me parece se ha detenido lo suficiente la atención. Es ésta que nuestras lenguas están llenas de palabras, que bien examinadas, no expresan idea alguna. Se diría que los hombres han inventado el arte de hablar para no decir nada. Tenemos academias para depurar y embellecer el lenguaje, ¿no sería mas útil, más necesario establecer un areópago de filósofos para desterrar las palabras que nada dicen.»

De esta limitación está libre el sonámbulo, toda vez que por la rarificación especial de su sensibilidad, prescinde de los defectuosos procedimientos sensacionales físicos...

* * *

Otras causas decidieron también á nuestro investigador á abandonar los campos ordinarios de estudio.

Fué una de éstas, que leyó á los filósofos y se convenció de que, salvo dos ó tres verdades muy grandes que se encuentran siempre en el fondo

de los respectivos sistemas, el inmenso material, y la fatigadora envoltura que rodea á estas mismas verdades, no son más que sutilezas dialécticas, cuando no diatrivas hábilmente tejidas de los unos contra los otros. Luego, dentro de estas mismas verdades, hay sus límites. Hay verdad que puede ser demostrada, y la hay que sólo puede ser sentida; y ésta suele ser la que mayor curiosidad despierta en el pensador, pero la tendencia á explicarlo todo por la *materia* y el *movimiento* que se descubre en la mayoría de los sistemas dificulta la investigación.

A estas verdades y otras muchas fué á las que se propuso llegar el autor de *La filosofía natural* con sus investigaciones.

En cuanto al éxito de la empresa, hemos de decir no respondió al empuje de la tentativa y á la novedad del método. Las revelaciones no traspasan, en la mayoría de los casos, los límites de cualquier inteligencia común y corriente de las que *viven en la tierra*.

Lo que se saca en limpio de su trabajo puede resumirse á grandes rasgos en pocas palabras.

Dios existe. Es el alma eterna del mundo. Es en el universo lo que el espíritu en el hombre. Es esencia pura é impenetrable. El amor propio humano obliga por un lujo de espíritu á in terrogar Su naturaleza que permanecerá siempre ignota.

La materia es asimismo eterna como Dios, y asimismo una. La forma la modifica pero no la destruye. Las formas individuales perecen con el cambio (la muerte), pero la materia permanece indestructible.

El universo es la materia organizada. Ha existido siempre y existirá porque Dios no destruye sus propias obras. Es eterno como la materia que le constituye. Dios le dió el movimiento. El tiempo no existe sino para nosotros. Dios permanece á través de la eternidad en *constante presente*. El espacio es la distancia que hay de un cuerpo á otro. La duración no existe más que en lo relativo. Dentro del universo todo lo que existe está sujeto á leyes eternas. El azar no existe:

«No hay sino causas y efectos; todo esto que miramos como azar es siempre el resultado de una causa desconocida. Todo se une en el universo, todo está ligado; si el azar existiera ¿cómo todo conservaría su constante marcha?»

El hombre ocupa el primer lugar en la escala de los seres. Dios le crea libre, y él es quien se lanza hacia un sendero ó hacia otro. Posee un re-

gulador innato de sus actos: la conciencia, ó sea el sentimiento de las propias acciones buenas ó malas. Dentro de él hay algo que resiste á la muerte Esto es el alma, partícula de la Divinidad, y que es en el cuerpo lo que Dios en el universo. El cuerpo perece pero el alma siempre continúa su viaje en progresión infinita.

Existe un flúido universal, emanación pura y divina, cuya naturaleza no se puede precisar porque habría que valerse de términos demasiado materiales, y mediante el cual son explicables el calor, la atrac ción, la gravedad, el magnetismo, etc.

La vida universal no permite que haya en la naturaleza nada inútil. Todo vive y todo es habitado. Los astros están habitados. La luna no es uno de esos esqueletos siderales... no es el montón de materia inútil que vaga al azar por el espacio, como Buffon decía había de vagar algún día la tierra... ¿Puede existir un cuerpo inútil en el universo? Las almas pasan de un globo á otro por un orden determinado y mediante ciertas leyes. Las del presente determinan las del porvenir... Todo es una cadena. El presente de un astro determina el porvenir de otro; «pero como todo sigue la misma progresión y el mismo orden existe para todo no hay propiamente porvenir. Todo es presente.»

Descúbrese en el transcurso de la obra, de la que he procurado apuntar algunos rasgos, los más salientes, una amalgama desordenada de ideas á veces elevadas y dignas de una más brillante exposición y de conceptos á veces vulgaros. Descúbrense también á través de la falta de método del trabajo, sutilezas de ingenio inesperadas, pero sin más valor que el efímero de la sutileza cuando no va acompañado de la transcendencia.

V. DIAZ PEREZ

Madrid, Abril 1899.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.